

Echándole un vistazo estos días a los tres primeros números de la revista "ROEL. Cuadernos de Civilización de la Cuenca del Almanzora" (de cuya comarca Albox es la capital), pude leer que en 1569 había en el pueblo alrededor de cien familias moriscas y cuarenta de cristianos viejos. Las revueltas (como la de las Alpujarras), la rebelión, la guerra y la devastación arrasaron la comarca y el pueblo. ¿Después? La deportación de los moriscos del Reino de Granada entre 1570 y 1571. Su espacio dejó de serlo y fue ocupado a partir de 1572 por los nuevos pobladores: casas, huertas, tierras de labranza, talleres. Los nuevos "albojenses", llegados de Murcia, Lorca y otras geografías españolas, "repoblaron" la expulsión de (los) otros. De nuevo el espacio transmutó en tiempo, en memoria.

Creo que conviene recordarlo, más aún en un momento en el que los imperialismos (EE.UU., Rusia, China, por poner los principales ejemplos) siguen hablando de "raíces puras", identidades eternas y "pueblos" que siempre han sido de una sola manera. Las raíces de Albox no han sido ni son un cable de fibra óptica que transporta la "identidad" de sus conciudadanos. Ni un modelo de tráfico mundial de datos para toda la eternidad, generación tras generación. El Albox "glocal" se parece más a una chumbara (esa que está desapareciendo de nuestros campos, bancales, ribazos y cerros): crece, cruza, rompe, pincha, se adentra en la tierra. Estoy seguro de que sobrevivirá a la sequía y reaparecerá cuando nadie la espere, a pesar de la cochinilla del carmín y de la sobreexplotación urbanística.

Somos descendientes de quienes permanecieron, de quienes fueron expulsados, de quienes se fueron, de quienes llegaron, de quienes fueron (a)traídos, de quienes emigraron y de quienes regresaron con el acento cambiado, un coche más caro y la "saludable" costumbre de criticar la falta de inversión y el "vuelva usted mañana" de José de Larra.

En mi caso, regresar, a pesar de que se ha vuelto más difícil desde febrero de 2020, siempre es la excusa para girar la llave de la "casa familiar". Cuando la(s) persona(s) se marcha(n), la casa revela su verdadera naturaleza. Deja de ser un inmueble para convertirse en parte viva de una relación personal con mis "yo" internos. Entre ellos se desencadena una disputa entre la topofilia y el (re)sentimiento. Entre lo que me hizo y lo que me empujó a salir. Volver no consiste en recorrer (miles de) kilómetros. Consiste en (re)conocer que ninguna de mis nuevas versiones conserva el original.

La composición del pueblo cambió. Y lo seguirá haciendo. Se fueron jóvenes (cada vez más a Suiza), regresaron jubilados (después de muchos años trabajando en otras ciudades y países), llegaron familias de otros países, se cerraron negocios de nuestra "toda la vida" y aparecieron comercios nuevos en locales que habían quedado condenados al polvo. Los camiones siguen conectando Albox con la comarca, con

España y con Europa. Sobreviven a pesar de las nuevas tecnologías y de la era de la inteligencia artificial (IA) y de la conducción (casi) autónoma. Hoy, los móviles, las videollamadas, el WhatsApp y los mil sucedáneos tecnológicos que consumimos como si fueran fruta fresca nos permiten emigrar sin terminar de irnos. Albox, como el mundo, es más diverso que nunca. A pesar de que algunos sigan describiéndolo como un censo cerrado.

Los bares nos ayudan a reconocer(nos en) esta nueva realidad pospandémica. El Rony se ha convertido en una de las pocas instituciones en la historia reciente lomera que permanece al pie del cañón, regentado por las primeras generaciones que pisaron y patearon el colegio Velázquez. Los nuevos negocios hosteleros llevan el sello de una multitud de nacionalidades y de polaridades geográficas. Desde Asia Central (Pakistán e India), Europa del Este (Rumanía), África (Marruecos) hasta Sudamérica (Colombia). Un crisol de culturas que ha convertido los archivos públicos castizos del pueblo en auténticos crisoles culturales, en instituciones sin presupuesto identitario fijo, catálogo local exclusivo ni horarios de entrada ni de salida. ¿Y los clientes? Las "colmenas" variopintas de Cela ceden paso a las aldeas globales de Marshall McLuhan. Así como los medios de comunicación electrónicos reducen las distancias del mundo global, los bares conectan a las personas de ese mundo global a nivel local. En ellos, las conversaciones adultas siguen manteniendo lógicas de lo científico social: primero, los muertos, que ya no solo se entierran en el cementerio de Albox; lo hacen en Riobamba, Rabat, la región de Transilvania, Santiago de Cuba, Islamabad o Chongqing. Después, los divorcios, propios y ajenos. A esto le siguen las enfermedades, el hospital de Huerca Overa y la realidad política y deportiva. Estas últimas siempre cumplen con los más altos estándares en las discusiones entre expertos de barra (tanto delante como detrás de ella). Esas discusiones a viva voz que se marchitan a la sombra de los modelos de lenguaje de gran tamaño (LLM) como ChatGPT (OpenAI), el asistente virtual Alexa (Amazon) y el "Hey Google". Aun así, auguro una larga vida a los rumores, engaños (fakes), odios (hate), chafarde(r)os, cañas, cuñados y a la memoria colectiva del subsuelo que los "agentes" y las "IA encarnadas" en forma de cibords no poseen ni poseerán. Por muchos trillones de datos que los computadores cuánticos sean capaces de analizar por segundo. El daño y la misericordia aún tienen velocidad humana. Y, posiblemente, están sentados dos mesas más allá con forma de vecino o vecina. Hoy en día estas dinámicas de barrio "tan" cotidianas disponen de bots, redes sociales, granjas de troles, videos editados en móviles de última generación, datos sintéticos, cibertropas y empresarios tecnológicos con complejos hitlerianos. Ya no se generan ni se expanden en las plazas ni en los "foros de corrillo" del mercado de los martes ni del sábado. Ahora cruzan el pla-